

Agitada, febril, Isabel, cuando hubo salido maese Bilot, abrió la ventana para que el frescor de la noche apagara el fuego de sus mejillas y de su frente. En la negra fachada del palacio de Vallombreuse, sin duda en el aposento del jóven duque herido, brillaba una luz entre las ramas de los árboles. La callejuela estaba desierta. Sin embargo Isabel, con el fino oído de la actriz acostumbrada á cojer al vuelo el murmullo de un soplo, creyó oír una voz muy queda que decía:

—Todavía no se ha acostado.

Picándole en alto grado la curiosidad esta frase, se inclinó un poco hácia afuera, y le pareció distinguir en la sombra, al pié de la pared, dos formas humanas envueltas en capas, que permanecían inmóviles como estátuas en el pórtico de una iglesia; al otro extremo de la calle, á pesar de la oscuridad, sus ojos, dilatados por el miedo, descubrieron un tercer fantasma que parecía vigilar.

Al verse observados, los séres enigmáticos desaparecieron ó se ocultaron más cuidadosamente, pues Isabel no vió ni oyó nada más. Fatigada de estar en acecho, y creyendo haber sido juguete de una ilusión nocturna, cerró silenciosamente la ventana, corrió el cerrojo de su puerta, colocó la luz cerca de su cama, y se acostó presa de una vaga angustia que no eran parte á calmar las reflexiones que se hacia á sí misma. En efecto, ¿qué tenia que temer en una posada llena de gente, á dos pasos de sus amigos, en un cuarto cuya puerta, además de tener corrido el cerrojo, estaba cerrada bajo triple vuelta de llave? ¿Qué relacion podían tener con ella aquellas sombras entrevistas al pié de la pared y que eran sin duda rateros acechando una presa y á quienes ofendió la luz de su ventana?

Todo aquello era lógico, pero no la tranquilizaba: un presentimiento fatal la oprimía el pecho. Si no hubiese temido ser objeto de risa, la jóven se hubiera levantado y refugiádose en el cuarto de una de sus compañeras; pero Zerbina no estaba sola, Serafina no la queria mucho, y la dueña le causaba

una repugnancia instintiva. Quedóse pues en su aposento, presa de inexplicable terror.

El menor crugido del maderámen, el más ligero encogimiento de la vela, cuya torcida, sin despabilar, estaba cubierta de una negra geta, la hacia temblar y hundirse debajo del cobertor de la cama, de miedo de ver en los oscuros rincones alguna forma monstruosa; luego recobraba el valor, y con la mirada inspeccionaba el cuarto, que nada ofrecía de sospechoso ni de sobrenatural.

En lo alto de una de las paredes habia un tragaluz destinado sin duda á proporcionar luz á algun oscuro gabinete. Aquel tragaluz dibujaba un negro círculo sobre la pared, alumbrada por los débiles resplandores de la vela, como la enorme pupila negra de un ojo ciclópeo, y parecia espiar los movimientos de la jóven, quien no podia apartar la mirada de aquel agujero profundo y sombrío, defendido, por otra parte, por dos barrotes dispuestos en forma de cruz. Nada pues habia que temer de este lado; sin embargo, llegó un momento en que Isabel creyó ver en el fondo de aquella penumbra brillar dos ojos humanos.

De pronto apareció una cabeza atezada, de largos y enmarañados cabellos, en uno de los estrechos compartimientos dibujados por la interseccion de los barrotes; á aquella siguió un brazo en el hueso, luego unos hombros que al áspero contacto del hierro produjeron un imperceptible frote, y una niña de ocho á diez años, agarrándose con las manos al reborde de la abertura, se suspendió estirando cuanto pudo su raquíptico cuerpo á lo largo de la pared y se dejó caer sobre el embaldosado sin hacer más ruido que el que hubiera producido una pluma ó un copo de nieve al descender al suelo.

Al ver á Isabel, inmóvil y petrificada de espanto, la niña la creyó dormida, y cuando se acercó á la cama, para asegurarse de si el sueño de la jóven actriz era profundo, se pintó en su curtido semblante la señal de la más extrema sorpresa.

—¡La dama del collar!—dijo mientras con sus huesosos dedos hacia sonar las perlas que rodeaban su flaco y moreno cuello, —¡la dama del collar!

Por su parte, Isabel, medio muerta de espanto, habia reconocido la niña que encontraron en la hostería del *Sol azul* en compañía de Agustin. La jóven quiso pedir socorro, pero la rapaza, poniéndole la mano en la boca, le dijo:

—No grites, no corres ningun riesgo; Chiquita prometió que no cortaria jamás el cuello á la dama que le dió las perlas que ella tenia deseos de robar.

—¿Pero qué vienes á hacer aquí, desgraciada?—exclamó Isabel, recobrando un poco de ánimo á la vista de aquel sér flaco y débil que no podia ser muy temible, y que por otra parte le manifestaba cierto reconocimiento salvaje y singular.

—Abrir el cerrojo que tu corres cada noche,—repuso Chiquita con el tono más tranquilo y como si la accion que iba á cometer fuese la más legítima;—me han escogido á mí para eso porque soy ágil y delgada como una culebra. Pocos agujeros hay por los que yo no pueda pasar.

—¿Y por qué te querian hacer abrir el cerrojo? ¿Para robarme?

—¡Oh! no,—respondió Chiquita con gesto desdenoso,—era para que los hombres pudiesen entrar en el cuarto y llevarte.

—¡Oh Dios mio! estoy perdida,—exclamó Isabel gimiendo y juntando las manos.

—No lo creas así, puesto que dejaré corrido el cerrojo. Ellos no osarán forzar la puerta, pues harian ruido, y acudiria gente y los prenderian; ¡no son tan tontos!

—Pero yo hubiera gritado, me hubiera agarrado á las paredes, y antes que conseguir su intento me hubieran tendido sin vida.

—Una mordaza ahoga los gritos,—dijo Chiquita con el orgullo de un artista que explica á un ignorante un secreto del oficio,—una sábana arrollada al rededor del cuerpo im-

pide los movimientos. Es muy fácil. El mozo de la cuadra estaba sobornado y debia abrir la puerta trasera.

—¿Quién ha tramado esta tenebrosa maquinacion?—dijo la pobre actriz, aterrorizada del peligro que habia corrido.

—Es el caballero que ha dado dinero, ¡oh! ¡mucho dinero! así, las manos llenas,—respondió Chiquita cuyos ojos brillaron con fulgor codicioso y feroz; pero lo mismo da, tú me regalastes las perlas; diré á los otros que estabas despierta, que habia un hombre en tu cuarto y que es golpe fallido, y se irán. Deja que te contemple un rato; eres hermosa, y te quiero mucho, sí, casi tanto como á Agustin. ¡Toma!—añadió viendo encima de la mesa el cuchillo encontrado en la carreta,—ahí tienes el cuchillo que yo perdí, el cuchillo de mi padre. Guárdalo, es una arma de temple.

*Cuando esta vívora pica,*

*No hay remedio en la botica.*

¿Ves? se vuelve la birola así y luego se da el golpe de esta manera; de abajo arriba, la hoja entra mejor. Llévelo en tu corsé, y cuando los malos querrán contrariarte, ¡paf! les abrirás el vientre.

Y la niña acompañaba sus palabras con multitud de gestos.

Aquella leccion del cuchillo, dada, de noche, en aquella situacion escepcional por aquella ladronzuela huraña y medio loca, producía en Isabel el efecto de una de esas pesadillas que uno intenta en vano sacudir.

Ten el cuchillo en la mano así, con los dedos apretados. No te harán nada. Ahora me voy. Adios, acuérdate de Chiquita.

La pequeña cómplice de Agustin arrimó una silla á la pared, se subió á ella, se levantó sobre los dedos de los piés, cogió el barrote, hizo una contraccion, y apoyando los talones contra el muro, ganó pronto el reborde del tragaluz, por donde desapareció murmurando como una especie de vaganacion en prosa: «Chiquita pasa por el ojo de las cerraduras, baila sobre la punta de las rejas y los cascotes de botella sin dañarse. Muy hábil será quien le eche el guante.»

Isabel aguardó el día presa de la más viva impaciencia, sin poder cerrar los párpados á causa de la agitacion que habia producido en ella aquel extraño suceso; pero el resto de la noche se deslizó sin más incidente.

Al bajar la jóven al comedor, sus amigos quedaron sorprendidos de la palidez que invadia su delicado semblante y del amoratado cerco que rodeaba sus ojos. La asediaron á preguntas, y ella contó la aventura nocturna. Sigognac, furioso, hablaba nada ménos que de saquear la casa del duque de Vallombreuse á quien sin vacilar atribuia aquella infame tentativa.

—Soy de opinion,—dijo Blazius,—que á toda prisa arrojemos nuestras decoraciones y nos vayamos á perder ó mejor salvar en el océano de Paris. Las cosas se complican.

Los cómicos fueron del parecer del Pedante, y se fijó la partida para el día siguiente.

CAPITULO XI.

EL PUENTE NUEVO.

Largo y Pedante por demás se prepararon para salir de la ciudad de Thiers, hacia Paris, la gran ciudad durante el trayecto no quedó á su vista digna de ser contada. Nuestros cómicos llevaban la bolsa repleta y en su equipaje un manto, pudiendo abrigar caballos y hacer buenas jornadas. La compañía se detuvo en Tours y en Orleans para dar algunas representaciones, cuyos productos destinaron á los héroes más sensibiles en la ciudad de director y de actor, al tanto adelantado que á otro alguno. Blazius se esforzaba á tranquilizarse y á reírse de los sucesos que le habian ocurrido, pero el carácter negativo de Vallombreuse. Sin embargo Isabel se estremecía al recordar la frustrada tentativa de que habia sido objeto, y más de una vez en silencio, aunque en las pasadas noches con Zerkina, repetía los nombres de sus amigos y de Chiquita, saliendo del fondo de su pecho algunas palabras que se escapaban de sus labios. Después de esto, volvió á salir dando gritos.